

# MIGUEL VALDIVIESO ESCRIBE SOBRE SALINAS Y GUILLÉN (1929)

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

La influyente revista de Valladolid *Meseta*<sup>1</sup> recogió en su número 6, de 1929, dos artículos del poeta murciano de la generación del 27 Miguel Valdivieso, bajo el título de "Dos ensayos, 1. La poesía pura de Jorge Guillén.- 2. La filosofía poética de Pedro Salinas". Ponen de relieve estas dos colaboraciones por un lado la relación de Valdivieso con los grandes poetas de su generación, y en especial con Jorge Guillén, y por otro el interés de la revista vallisoletana en incluir esta participación del poeta murciano, integrándolo en el conjunto de sus colaboradores, aunque sea en el último número que habría de publicar esta tan efímera como eterna revista. Tengamos en cuenta que los gestores de *Meseta*, Francisco Pino, José M<sup>a</sup> Luelmo, Arroyo y Juan R. Ribó eran personas muy cercanas a Jorge Guillén, que siempre alentó y animó esta revista de su ciudad natal, en la que participó en varias ocasiones.

Respecto a la pertenencia o no de Valdivieso a la generación del 27 en su concepto más amplio, corre la misma suerte que su primo el poeta Antonio Oliver Belmás. Ya Luis Jiménez Martos<sup>2</sup> los incluyó, en 1977, en este gran grupo poético en un artículo conmemorativo de los cincuenta años de 1927, junto a otros poetas "menores": Para ello tuvo en cuenta, posiblemente, la mención que de ellos hace Jorge Guillén, en el artículo de *Lenguaje y poesía*, "Lenguaje de poema: una generación"<sup>3</sup>. Más recientemente, Víctor García de la Concha también los incluirá a

---

<sup>1</sup> *Meseta*, Valladolid, 1928-1929, edición de Antonio Corral Castanedo, Valladolid, Ateneo de Valladolid, 1984.

<sup>2</sup> Luis Jiménez Martos, "Valdivieso, Laffón, Oliver y algunos otros poetas de los años veinte", *La Estafeta Literaria*, 618-619, 1977.

<sup>3</sup> Jorge Guillén, en el artículo de *Lenguaje y poesía*, "Lenguaje de poema: una generación", Madrid, Alianza, 1969, p. 184.



ambos en la versión más amplia de tal grupo poético al realizar su antología para la colección Austral, en 1998<sup>4</sup>.

El poeta Miguel Valdivieso Belmás nació en Mazarrón (Murcia), el 14 de marzo de 1893. Siendo niño, su familia se trasladó a Cartagena. Fue funcionario de Correos destinado en Lugo y Orihuela brevemente y en Murcia a partir de 1920 hasta que, tras finalizar la Guerra de España, en agosto de 1940, fue deportado a Tarancón. En 1949 se trasladó a Cuenca. En Murcia en los años veinte participó en todas las empresas literarias de la joven literatura del momento. Con Jorge Guillén entabló una entrañable amistad, correspondida por el poeta muchos años después, cuando le prologó la edición de sus poesías completas, en 1968. Colaboró en las revistas de la época, especialmente en *Sudeste*. En Cuenca, en 1955, fundó, junto a Eduardo de la Rica, Vaca Page y Amable Cuenca, la revista *El Molino de Papel*, que permaneció hasta 1967.

También colaboró en *Monteagudo*, con poemas dedicados a Góngora (1960) y Lope de Vega (1961). En 1960, una vez jubilado, se trasladó a vivir a Madrid. Murió en Madrid, el 21 de septiembre de 1966. No quiso publicar en vida ningún libro de poemas, de manera que toda su poesía vio la luz, en 1968, en la edición de su *Obra completa*<sup>5</sup>. Influído por Rubén Darío, en un principio, mostró en los años veinte su predilección, como tantos otros de su tiempo, hacia los clásicos del Siglo de Oro. Tras la Guerra de España, su poesía se ve más influida por Antonio Machado, Unamuno, Miguel Hernández y, sobre todo, Jorge Guillén, tanto el de *Cántico* como el de *Clamor*.

De cinco libros se compone la obra poética de Valdivieso: *Destrucción de la luz*, en el que el poeta manifiesta su aversión a un mundo sin autenticidad, sin verdad, un mundo en el que la luz de la razón se destruye irremediablemente, y en el que están presentes la muerte, el paso del tiempo, la esencia del hombre, la soledad, la preocupación por España; *Sino a quien conmigo va*, en el que se da cuenta de las preferencias literarias, artísticas y espirituales del poeta, que refleja su admiración hacia aquellos que siempre le acompañan; *Números cantan*, glosa de los objetos que pueblan la vida cotidiana, encuadrados en un entorno y en un paisaje familiar; *Los alrededores*, con evocaciones entusiastas del paisaje de Cuenca y de Madrid, correspondiente a la última etapa de su vida; y *Formas de luz*, en el que los temas fundamentales son la luz, los paisajes abiertos, el aire libre, la luna brillante, en los que se advierte una gran influencia de Jorge Guillén, tanto en contenidos como en formas<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Ver Francisco Javier Díez de Revenga, "Pedro Salinas", "Juan José Domenchina", "Ernestina de Champourcín", "Antonio Oliver", "Miguel Valdivieso", *Poetas del 27. La generación del 27 y su entorno*, edición de Víctor García de la Concha, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pp. 99-143, 547-555, 625-633, 719-728.

<sup>5</sup> Miguel Valdivieso, *Obra completa*, prólogo de Jorge Guillén, Carboneras, Cuenca, El Toro de Barro, 1968.

<sup>6</sup> Bibliografía sobre Miguel Valdivieso: Jorge Guillén, "Prólogo", *Obra completa* de Miguel Valdivieso, Carboneras, Cuenca, El Toro de Barro, 1968; Carlos de la Rica, *Viaje por Miguel Valdivieso*, Cuenca, 1977; Carlos de la Rica, "Miguel Valdivieso, la expresión de Cuenca", *Cuenca*, 11, 1977;



Como sabemos, fueron las ediciones de la *Revista de Occidente* las que, bajo la dirección y supervisión directa de José Ortega y Gasset, publicaron en octubre de 1928 la primera edición del libro *Cántico*, de Jorge Guillén, y en enero de 1929 la primera edición del libro *Seguro azar*, de Pedro Salinas. Ambos libros tuvieron inmediata difusión y numerosas reseñas, y ambos coincidieron en ser reseñados, entre otros, por Azorín, en *ABC*, respectivamente el 17 de enero de 1929 y el 16 de febrero de 1929; por José Bergamín, en *La Gaceta Literaria*, respectivamente el 1 de enero de 1929 (número 49) y el 1 de febrero de 1929 (número 50); por Juan Chabás, en *La Libertad*, respectivamente el 28 de diciembre de 1928 y el 22 de febrero de 1929 y por Enrique Díez Canedo, en *El Sol*, en el mismo artículo, el 10 de febrero de 1929.

Ambos libros irrumpían con fuerza en el mundo de la nueva poesía, que en aquellos años estaba en su máximo esplendor, incipiente y creciente. Y es que si bien *Cántico* exalta jubilosamente el mundo natural, también trata de la búsqueda de valores satisfactorios por parte del hombre, en medio de un mundo limitado por el tiempo, por el sufrimiento y por la muerte. Y, por ello, *Cántico* fue muy valorado, dado que, junto a los valores esenciales, fueron destacadas preocupaciones existenciales, pero sobre todo la unidad del conjunto, cuyo máximo valor residió, desde la primera edición, en el rigor de su ejecución: perfección formal, lenguaje preciso, construcción cuidadísima, exaltación del mundo, pero presencia del hombre en él, en convivencia, con iniciales referencias a las crisis que se producen en nuestro tiempo individual o colectivamente.

Por su parte, *Seguro azar* sorprendió ya desde su paradójico título y dio entrada a optimistas elementos de la vida “moderna”, que, en algún momento, caracterizaron la poesía de Salinas, y, con ellos, una reflexión sobre el mundo presente, la preocupación por el tiempo y la poesía, el triunfo de la vida moderna con afán de extratemporalidad, el enfrentamiento con las cosas y el deseo de hacerlas imperecederas y, sobre todo, la realidad, que consagra a Salinas ya como su gran observador, convertido en un protagonista concreto que mira e interpreta la realidad.

Debemos valorar muy positivamente estas dos reseñas de Miguel Valdivieso, porque revelan no solo entusiasmo sino también buen conocimiento del tipo de poesía, muy innovador, que estaba reseñando. Por eso, consideramos un acierto pleno el incluir al primer *Cántico*, el de 1928, en la esfera de la poesía pura, como tendencia intensamente original que se abría paso en ese momento, y cuyas caracte-

---

Francisco Javier Díez de Revenga, “La poesía de Miguel Valdivieso”, *Murgetana*, 55, 1979; Francisco Henares Díaz, *Manual de Historia de la Literatura en Cartagena*, Cartagena, Ayuntamiento, 1988; Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la literatura murciana*, Murcia, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio, 1989; Carlos de la Rica, “Miguel Valdivieso”, *Los poetas conquenses*, Cuenca, 39-40, I-II, 1992; C. A. Ayuso, “Miguel Valdivieso. Centenario de un poeta secreto”, *Artes y Letras. El Norte de Castilla*, 20-3-1993; Juan Barceló Jiménez, “Los animales como temática en tres poetas contemporáneos”, *Murgetana*, 100, 1999; Miguel Martínón, “Miguel Valdivieso: Las voces del poeta”, *Espejo del aire*, Madrid, Verbum, 2000.



rísticas nítidamente señala, atribuyéndolas sucesivamente al nuevo libro de su maestro y amigo Jorge Guillén, distanciándolo hábilmente de la vanguardia imperante en ese momento y atribuyéndole las siguientes características como innovaciones propias de la poesía pura: ausencia de anécdota, predominio del hecho estético sobre la realidad exterior e insubordinada, reconocimiento de una jerarquía de lo bello, que selecciona las aportaciones circunstanciales poéticamente estimables, silenciando los factores inválidos, y, por último, noción del sentido dinámico, peculiar de la época... Naturalmente, uno de los aspectos del libro más elogiado es su rigor formal, su precisión armónica, con especial mención de las décimas, que, en efecto, se habrían de convertir, para la historia de la métrica española, en una de las máximas aportaciones de Guillén.

Y, si desde el punto de vista formal, tales son los hallazgos del poeta del Valladolid para Valdivieso, no son menos destacables las aportaciones originales desde el punto de vista del contenido, que centra y concreta muy certeramente en dos aspectos: luz de la inteligencia y alegría del ánimo. Todo expresado, como quería el maestro Valéry, con dulzura y rigor, arte mágico para alumbrar, en definitiva, el oro de la poesía pura, su emoción y su encanto, como el entusiasta reseñador concluye finalmente.

Respecto a la reseña de Salinas, lo primero que hace Valdivieso es proclamar la condición de alto y principal poeta en el campo de los jóvenes que en ese momento inician su andadura, y, para probarlo, señala la presencia de dos libros anteriores, uno de poemas, *Presagios*, en el que reconoce, muy acertadamente, la presencia de los maestros; y otro de narraciones, *Víspera del gozo*, del que rechaza la fácil atribución al magisterio de Marcel Proust, advirtiendo los rasgos personales del propio Salinas que le distancian del novelista francés, tan bien conocido y traducido por el poeta madrileño. Naturalmente, a Valdivieso le seduce la presencia del azar, paradójica como hemos señalado, y trata de dilucidar el gusto de Salinas por aceptar lo cierto, azar y destino conjuntamente. Las referencias a uno de los poemas más conocidos del libro, "Fe mía", son las más adecuadas:

No me fío de la rosa  
de papel,  
tantas veces que la hice  
yo con mis manos.  
Ni me fío de la otra  
rosa verdadera,  
hija del sol y sazón,  
la prometida del viento.  
De ti que nunca te hice,  
de ti que nunca te hicieron,  
de ti me fío, redondo  
seguro azar.

Y, tras esta reflexión, señala, como hizo en el artículo dedicado a Guillén, la relación de aportaciones del poeta en este libro: materia dúctil, sin opresora rigidez



ortopédica, prodigiosa adecuación de sus facultades, con esta forma desceñida, de la que ha eliminado rigurosamente todo refinamiento retórico; eliminación de la más leve concesión al halago de un giro de femenil, graciosa compostura; entonado acento serio, entero, varonil, sin esquivar el contacto con los seres y acontecimientos del mundo circundante; doble pauta ineludible de hechos y de cosas, en la que colaboran coincidentes los dos elementos normales de la concepción estética: el hombre y la circunstancia; el ideal y la realidad. Todo ello, sin duda, pone de relieve, una vez más, la capacidad de Valdivieso y su entusiasmo para entender la nueva poesía y distinguirla, muy claramente, de otras, ya trasnochadas, de su tiempo. Los dos artículos, hoy tan olvidados como su autor, son dignos de una nueva lectura, en la que recreamos una época, un momento muy esperanzador de la nueva poesía española a la altura del paso de 1928 a 1929.



## APÉNDICE

## DOS ENSAYOS

## 1

**La poesía pura de Jorge Guillén**

Con la publicación de este elegante volumen se integra el cuadro de nuestra a generación poética actual. Su autor, hasta ahora inédito -sólo accesible en el área limitadísima de las más alertas minorías intelectuales- nos brinda el fruto de su paciente, sabio y disciplinado adiestramiento, en una obra de múltiples e imponderables valores.

Ensayemos destacar en estas notas algunos de los más personales y sugestivos.

Y sea, en primer término, su novedad. Cada una de las varias escuelas denominadas, conforme a una somera clasificación ordinal, de vanguardia, le imprimen remansadas por el temperamento y la distancia, la huella de su atributo elemental. Así, la ausencia de anécdota, reguladora del poema y la composición en serie de imágenes superpuestas. Así, el predominio del hecho estético realizado por el poeta, sobre la realidad exterior e insubordinada. Así, el reconocimiento de una jerarquía de lo bello, que selecciona las aportaciones circunstanciales poéticamente estimables, silenciando los factores inválidos. Así la noción del sentido dinámico, peculiar de la época, no referido a reiteradas alusiones metafóricas al maquinismo, sino resuelto por el empleo de un riguroso método constructivo. (Algunas de estas décimas, se desarrollan con la precisión y el automatismo de un juguete mecánico.)

Poesía nueva, enriquecida por los estímulos más significativos del momento. Pero, poesía retórica, dócil a las normas de la rima y el metro, que ejercitaron puntualmente los poetas, como las leyes inviolables del deporte, y constituyen con las severas del lenguaje, la materia primaria en que ha de tallar el artista la zona más ardua y singular de su obra: el estilo. El de este *Cántico*, por su estructura ingrávida, su equilibrio tenso, la ordenación estricta de su léxico y su airoso prurito ascensional, pudiera asimilarse al de las más sutiles creaciones del arte gótico.

Paralelo a tan alto rango de perfecciones formativas, se desenvuelve un sistema de agudas virtualidades de orden espiritual. De entre ellas, dos se revelan como particularmente típicas, marcando el tono general de los poemas: luz de la inteligencia y alegría del ánimo. Ejemplo insólito en nuestra lírica, teñida las más veces de melancólico desencanto, de dolorida resignación o sátira acerba y combativa, que es también una forma del pesimismo, el de esta poesía alegre, en calma, saludable, sin lágrimas ni hiel, que hasta los genuinos motivos elegiacos modifica en vivas y gráciles construcciones indoloras. La titulada "El otoño: isla" es sobremanera característica a este respecto.



Su penetración intelectual lúcida, inquisitiva, siempre desvelada sorprende recónditas y originales relaciones poéticas, llegando en un alarde de comprensión metafísica a la poetización del concepto, con un difícil juego de los más fugaces, inaprehensibles elementos y un mesurado ademán de recatada intimidad. "Los principales personajes de un poema -afirma Valéry- son la dulzura y rigor que implican una sutil sensibilidad para la intuición de los más delicados matices y una mente de pródigo contenido ideológico". Ambas facultades, aliadas, rinden aquí su máxima eficacia creadora.

Se ha dicho, analizando la obra de otro joven poeta contemporáneo, que la poesía de Jorge Guillén era la Química. Mejor diremos nosotros la Alquimia. Porque hay algo de arte mágico en ella, que excluye todo concepto formulario de receta y nos traza su perfil orientado hacia un ideal inasequible: alumbrar el oro de la poesía pura. De cuyo tácito designio, emana el vuelo místico de estos versos; su emoción y su encanto.

MIGUEL VALDIVIESO

## 2

### La filosofía poética de Pedro Salinas

El nombre de Pedro Salinas preside con singular magisterio el índice de los escritores de su tiempo; de estos jóvenes escritores, ya en trance de óptima madurez, que se perfilan y agrupan en nuestro mapa literario con la ordenación caprichosa de una esplendente constelación.

La obra de este alto poeta dibuja una concreta figura espiritual que, en los poemas cobijados bajo el significativo título de *Seguro azar* acusa el valor inalterable de una definición.

Libro inicial *Presagios*, arrastra todavía, junto a su personalidad ingente, visibles adherencias de aquellos maestros: por más gratos, más inmediatos a su devoción poética. Más tarde, en *Víspera del gozo*, breves prosas donde se poematiza un tema análogo con la estudiada reiteración de un motivo sinfónico, se afirma de modo irrecusable su poderosa originalidad. Desoigamos el torpe vocerío que, atropelladamente, enarboló el nombre de Proust con la pueril vanagloria de los hallazgos fáciles. Toda la enorme idealidad de Salinas alienta en estas narraciones de tan compleja densidad psicológica, de tan aguda e inconsútil trama, cuyo hilo corta siempre el azar, como una espada arcangélica, anudando al extremo seccionado las derivaciones más falsas e imprevistas. Inmutable experiencia que va arando amplio surco en el alma del poeta, por donde emana en lenta fuga estelar, el hálito conmovido de su hondo lirismo.

La consecuencia salta henchida, certera, sobre este *Seguro azar* de espiritualidad opulenta. Porque la poesía de Salinas es ya, sólo esto: espíritu. De él úni-



camente, se nutre su vasto ámbito desalojando por no aptas las inclinaciones de instinto o la especulaciones de la inteligencia. No se fía de la rosa de papel, cuyo secreto queda abolido para quien tantas veces la ha elaborado a su semejanza y placer intelectual; ni de la otra, rosa verdadera, que le aleccionara voluble sobre el testimonio falaz de nuestros sentidos; solo cree en el Destino, en el Azar, con apasionada certidumbre de enamorado. Y por ello, no instala el vértice de su auge, la culminación de su activa plenitud vital, en la hora madura y prescrita de la posesión, del logro, sino en esa encantada víspera, que dilata con anhelante curva todas nuestras potencias sensoriales, arqueros unánimes del Deseo.

La modulación de este inefable tránsito poético requería una materia dúctil, sin opresora rigidez ortopédica, por donde circulase a su antojo la frase contorsionada, barroca, fruncida por el ceño irresoluto de la duda. Y Salinas la alcanza plenamente, en una prodigiosa adecuación de sus facultades, con esta forma desceñida, de la que ha eliminado rigurosamente todo refinamiento retórico; donde se evita la más leve concesión al halago de un giro de femenil, graciosa compostura y se usa de un ritmo íntimo, personalísimo, que si de un lado arriesga el desvío del lector inadvertido, por el tenue asidero que ofrece a su sensibilidad apresurada, guarda, de otro, para el asiduo, la revelación cautivadora de su enérgico acorde interior.

Y el canto adquiere así un entonado acento serio, entero, varonil, sin esquivar el contacto con los seres y acontecimientos del mundo circundante para debatirse en un subjetivo aletear divagatorio. Por el contrario, sus poemas se organizan sobre la doble pauta ineludible de hechos y de cosas, en la que colaboran coincidentes los dos elementos normales de la concepción estética: el hombre y la circunstancia; el ideal y la realidad.

MIGUEL VALDIVIESO

